

Manu escribe un verso en francés en honor de una mujer que acababa de conocer. La mano le temblaba, no sabía si de miedo o de emoción. Baudelaire, siempre a su lado, le animaba insuflándole valor. Estaba a punto de llorar de tanta agitación que sentía en el pecho. Lo sentía oprimido como si estuviera a punto de darle un ataque al corazón. Y lo peor es que a unos metros se encontraba su novia, con la que había pasado diez años de su vida. Habían ido juntos a una fiesta de lo más banal. Él odiaba ese tipo de cosas, pero a ella le encantaban. Además sospechaba que el anfitrión, Maurice, un pijo que trabajaba en una ONG y viajaba por el mundo entero gracias a las influencias de su padre, estaba loco por ella. La verdad es que hacían buena pareja. Maurice era alto, incluso más que él, y sabía que a su novia eso la volvía loca. Él era el más espigado de la clase cuando empezaron a salir, aunque más que grande se le podía considerar larguirucho. Al principio creía que con el tiempo se volvería corpulento, pero no, cada día que pasaba adquiría un aire más desgarbado. Para colmo, las entradas le crecían a un ritmo agigantado. Su novia insistía en que debía cortarse el pelo, pero se negaba. En el fondo intuía que él no se adaptaba al estereotipo que a ella le hubiera gustado y que si seguían juntos era simplemente por interés. Cada uno tenía los suyos, completamente diferentes. Él, cuya familia estaba en la absoluta miseria, se había aferrado a aquella relación para poder sufragarse los estudios. La cuestión era que su padre había comerciado con arte robado e ido a la cárcel. Al menos gracias a aquellos cuadros él había descubierto en su más tierna infancia el inapreciable valor de las verdaderas joyas de la humanidad. Así había nacido su sensibilidad hacia la pintura, la cual veneraba tanto o más que la poesía, aunque según su opinión el arte de lo bello se encontraba encarnado por las mujeres. Le gustaban muchísimo, tanto que se podría considerar un adicto a la sensualidad, en la que veía otro modo de poiesis. El ejemplo era que su novia, antes de salir juntos, no era ni mucho menos la más guapa de las de la clase; sin embargo, tras el primer beso, la bella que dormía dentro de ella se había despertado. Sin duda aquella jovencita culona y con granos se había ido modelando bajo el calor de sus caricias. Él podía advertir diariamente las transformaciones en su cuerpo y en su rostro. Ella y su familia, especialmente su madre, estaban encantados con el prodigio cosmético, cósmico, como el amor verdadero. Su padre, si bien económicamente jamás le había ayudado, le había instruído a la perfección. Quizá por ese motivo tanto él como sus hermanos habían nacido verdaderamente agradecidos. Lo cierto es que podría escribir un libro sobre el verdadero arte de amar, aunque por ahora tendría que conformarse con que sus rimas fueran capaces de expresar el candor de aquella joven. Como ella carecía de móvil, le había escrito un e-mail, y a pesar de que no era creyente, estaba a punto de disponerse a rezar para que le respondiera pronto. Por ello, para sobrellevar la espera, la pinta con palabras.

Manu acababa de discutir con su novia y se siente al fin sosegado.

Resulta que ya no estaba satisfecha, porque cada vez hacían el amor con menos frecuencia, como si aquello fuera una obligación.

Y lo peor es que él lo percibía como si así fuera.

Hacía años que estaba teniendo la sensación de haberse convertido en un esclavo sexual, y aquella preciosa noche de primavera le parecía el mejor momento para romper con esa condena.

Al parecer, mientras él se había ido al baño, ella se había levantado y leído el poema que contenía el nombre de la destinataria.

Y es que Mónica le sonaba a poética aristotélica, república platónica, estética kantiana, y a simpática.

En el fondo consideraba aquello como un golpe de gracia del destino justo cuando estaban a punto de abandonar la capital española para regresar a París.

Allí habían vivido antes juntos cinco años que no habían estado mal, pues gracias a ellos pudo pasar todo el tiempo que quiso visitando sus templos favoritos, el Louvre y el museo de Orsay.

Sin embargo intuía que aquel no sería el lugar donde transcurriría el resto de su vida, y ni siquiera en Francia, pues había algo en la sociedad de su país que le disgustaba profundamente, aunque no sabría decir lo que era.

Bueno sí, que se había vuelto terriblemente burguesa.

Su novia era el ejemplo, aunque había casos mucho peores.

Ella al menos podía permitirse consagrar su vida al consumo, pero el que los hijos de los obreros emplearan todo su tiempo libre en ir de compras, en lugar de dedicarse al amor y la cultura, le parecía una atrocidad.

Por una parte comprendía que el conservadurismo fuera una cuestión de la edad, lo cual explicaría que incluso aquellos que habían participado del mayo del 68 se hubieran vuelto terriblemente conservadores.

Sin embargo le parecía que había algo más, porque afectaba también a los jóvenes, que independientemente de su clase social llevaban una vida tan gris y aburrida como si fuesen ancianos.

A las chicas, como síntoma de esa tristeza colectiva, les había dado por quedarse esqueléticas y vestirse de luto.

Al menos en España todavía quedaban mujeres capaces de llevar vestidos de flores sin miedo a mantener su esencia colorada en tanto que carnal.

Miedo, ésa era la palabra.

Pero él no tenía ninguno.

Por ese motivo se dedicaba a leer todo lo que le daba la gana y a meditar, sin importarle lo más mínimo aprobar la oposición para profesor de lengua y literatura.

¿Miedo a qué?

¿A estar vivo, luego a morir?

Tras sus reflexiones, volvía a escribir imaginándose muerto de placer entre los brazos de aquella española vestida de rosas con olor a clavel.

Precisamente la nacionalidad de su rival había sido lo que más le había dolido a su novia, que creía que por llevar la denominación de origen francesa, como el champán, podía considerarse superior.

Como si aquello no se tratara de otro engaño, al igual que el de las marcas, para volverse insensible frente al prójimo y vivir ajeno a la realidad.

Lo cierto es que durante años se había sometido a unas creencias burguesas que le parecían estúpidas, pero ya no pensaba continuar soportando aquella tortura.

Y al fin, los nervios que le devoraban han desaparecido.

Manu observa a Muriel hacer las maletas.

Nunca hasta entonces se había dado cuenta de que su meticulosidad llegara a tales extremos.

Ella siempre había sido escrupulosa, limpia que se dice, también ordenada, tal como se esperaba de las mujeres de las familias bien.

Entonces, al verla actuar como si estuviera en un laboratorio, se daba cuenta del significado de aquel hábito femenino tan bien aceptado socialmente.

Era el horror a la muerte lo que se encontraba implicado en aquel ritual sagrado.

Ahora comprendía por qué cada vez más personas se veían afectadas por fobias relacionadas con el miedo a contraer enfermedades.

La gripe A, por ejemplo.

Un virus había conseguido aterrorizar a todo el planeta sin que nadie se hubiera planteado el sentido de aquella amenaza.

Se trataba de la falta de fe, pero sobre todo de amor.

La prueba era que en unos instantes, simplemente por el hecho de haber roto con él, se había convertido en una especie de robot.

Sus movimientos eran los de un autómata, y la expresión de su rostro producía terror.

En el fondo se sentía feliz y respiraba hondo alegrándose de haber terminado con ella.

Por mucho que le hubiera echado en cara el haber estado viviendo durante años a costa del dinero de sus padres, pensaba que ella le había estado vampirizando.

Para empezar se aprovechaba de su pensamiento.

Nunca leía, ni siquiera el periódico, y esperaba que él le ofreciera no sólo la información, sino la repercusión de cada noticia.

Él reflexionaba sin cesar en voz alta, mientras ella mantenía una sonrisita de satisfacción, como quien se sabe dominador.

Entonces las mujeres frías, dominantes, o flores del mal, como Baudelaire las llamaba; se habían convertido en las amas del mundo.

Y esa violencia, disfrazada de pulcritud, le parecía propia de un sepulcro.

Eso realmente significaba la escrupulosidad malsana, el hecho de considerar a los demás como cadáveres putrefactos.

Lo séptico se encontraba dentro de todos nosotros, y todos esos afanes antisépticos no servían más que para aumentar el padecimiento que un profeta había venido en vano a la tierra a redimir.

La razón de todo aquel miedo patógeno, el verdadero germen del mal, era sin duda la ausencia de goce.

Es decir, la escisión del núcleo del ser, el cisma entre el sexo y el amor.

Ellos, como toda pareja genuina, se habían iniciado en ambos poco a poco.

Primero había llegado la atracción y luego el acercamiento.

Una vez a solas, sus almas se habían buscado a través de los ojos, encontrándose y regocijándose mutuamente.

Los labios, pero especialmente las manos, durante años habían sido capaces de fusionar por sí mismas sus dos seres.

Lo que se dice sexo, la unión genital propiamente dicha, había tardado en hacerse un hueco en sus encuentros amorosos.

Precisamente en aquella primera época el deseo fluía como un río.

La eyaculación carecía de importancia pues sucedía de modo espontáneo.

Pero luego, cuando el coito se institucionalizó, de algún modo fue robando terreno al amor, y así al final su alma había llegado a convertirse en un pozo seco.

En el fondo algo le había matado por dentro, y viéndola actuar con tal vehemente frialdad, reconocía a la culpable de aquel crimen contra la humanidad.

Manu encuentra en sueños una fuente en la cual saciar su sed.

Hacía años que le afectaba una extraña resaca espiritual, a pesar de no probar el alcohol.

Al final había tenido el valor para romper con el pasado, dejando de pertenecer al clan de los burgueses, para el cual se suponía que debería procrear y crear durante toda su vida sin parar.

Aquel ciego afán humano trataba de afrontar, como todas las religiones, el miedo a la muerte.

La cobardía estaba en la base de todas y unas de las grandes creaciones humanas, del arte también, por supuesto; aunque a veces éste resultaba verdaderamente generoso, creando belleza al estilo de la propia naturaleza.

A pesar de que siempre habían existido autores valientes como Zola o Huysmans, entre otros, la mayoría se conformaban con sacrificar chivos espiatorios y dejar a todo el mundo satisfecho mediante el derramamiento de sangre ajena.

Zola, cien años atrás, había tenido el valor de luchar contra ello confiando en el poder de la República y la Democracia.

El mundo, más gracias a la literatura comprometida que a la historiografía, no había olvidado aún su valeroso Yo acuso.

Y no lo hacía para salvar su pellejo de modo egoísta, como los chivatos, sino el de un judío condenado injustamente.

Cuántos Zolas hubiera necesitado la humanidad para detener el genocidio nazi.

Sin embargo pocos tuvieron el valor de arriesgar ya no sus vidas, sino su comodidad, para prestarse a algo tan loable como absolver de una injusta condena a muerte a otro ser humano.

Claro, si para eso ya estaba Dios, quién tendría por qué molestarse.

Para más inri, el propio pueblo hebreo había creado al monstruo topododeroso que les convirtió en sujetos indefensos frente a las afrentas de sus semejantes.

Vale, no os defendáis, que vais a ver lo que os espera.

Y lo vieron, y lo vimos todos.

Precisamente una víctima de ése mismo horror, Sthéphane Hessel, acababa de dirigirse a los ciudadanos tratando de advertirles del peligro que les acechaba.

Ya no se trataba de Hitlers, Musolinis o Francos, sino de otros muchos bajitos acomplexados y homosexuales reprimidos, cuyos rostros no se mostraban públicamente pero igualmente nos estaban conduciendo a un nuevo holocausto.

Las víctimas se encerraban cobardemente en sus casas aterrorizadas.

Se les amenazaba con el despido y el desahucio, pero ellos continuaban luchando sólo por lo único que les interesaba, perpetuar su clan y hacerlo lo más numeroso posible.

En eso consistía la mentalidad conservadora en cualquier parte del planeta, en defender cada uno lo suyo como alimañas.

Su ex novia tampoco le ofrecía muchas más expectativas.

Y si pretendía que él se convirtiera en un gran escritor, no lo hacía por el bien de los demás, sino por su prole.

Su propio padre, hijo ilegítimo, se había esforzado toda su vida por crear una gran estirpe, acabando por convertirse, como no, en un ladrón.

Él le había impulsado a salir con una chica rica, animándole y aconsejándole sabiamente, tratando en el fondo de propagar egoístamente su propia semilla.

Eso era lo único que les importaba a los machos, y cualquier excusa era buena para afrontar de ese modo su vacío existencial.

Pero él no pertenecía a esa raza, sino que su anhelo era el de amar libremente porque eso, como el agua de su sueño, es lo único que sacia la sed espiritual.

Manu se encuentra atónito.

Resulta que estaba junto a una mujer cariñosa, tierna y sensible, que además sabía apreciar el arte.

En realidad no se trataba de conocer, sino de sentir y luego reflexionar.

Para empezar, como todo, requería tiempo.

A través de un cuadro se podía llegar a conocer muchísimo.

La historia, la política, la sociología, hasta la biología, y no digamos la religión, ahora denominada psicología, habían sido representadas por artistas geniales a través de los siglos.

Luego, en el XIX, con el nacimiento del positivismo y la fotografía, el ser humano había dejado de crear, para destruir y destruirse en nombre de la ciencia.

Ella era una nueva diosa sin alma enfrentándose a las antiguas creencias con el fin de aniquilarlo todo, en primer lugar la naturaleza, la verdadera deidad.

La totalidad del conocimiento humano, tal como bien había mostrado Bertrand Russel, podía recogerse en un solo libro.

El resto era puro maniqueísmo.

Ahora la todopoderosa industria científica guiaba ciegamente a la humanidad, claro estaba hacia donde.

Lo increíble era que Goya, uno de los genios más adelantados a su tiempo, hubiera logrado vislumbrarlo con tal claridad.

El cuadro que Mónica le había mostrado, y que juntos habían analizado dialogando al estilo de Platón, hacía que se le erizara piel y sintiera escalofríos recorriendo su espina dorsal.

Todo ocre y negro, al estilo del arte abstracto, o de sus precursores, los impresionistas, y cargado de simbolismo, como la obra poética de su profeta, Baudelaire.

El fin del mundo, la bomba atómica, la destrucción llevada al paroxismo, podían adivinarse en aquel atardecer de la humanidad, luego amanecer para el resto de seres vivos.

Los humanos habrían desaparecido de la faz de la tierra tras aniquilarse los unos a los otros sin piedad.

Entonces un perro sin amo, al igual que Leonardo da Vinci, comenzaría a desarrollar su inteligencia en libertad mirando al cielo y pensando que él también podría llegar a volar.

Justo el siglo de Goya, siguiendo las predicciones del autor de uno de los cuadros más famosos del mundo, codiciado por el mismísimo Napoleón, había visto elevarse el primer planeador.

Y luego de ahí a los bombarderos no había transcurrido mucho tiempo.

Lo cual no era de extrañar, pues en el XIX, Dostoievski, el mejor novelista y una de las mentes más lúcidas de la historia, había declarado que los nuevos dirigentes mundiales eran verdaderos demonios.

Y todo porque los grandes valores de la aristocracia se habían convertido primero en vicios de la burguesía y luego en perversiones del vulgo.

Con la sangrienta y cruel revolución, el último reducto de amor entre personas de distinto sexo, lo que se conoció como vida galante, heredera del amor cortés, había desaparecido de la faz de la tierra.

Hasta Dios, como sucedáneo del amor, había sido finalmente desterrado, dejándonos tan solos y abandonados como el perrillo del cuadro.

Si al menos el ser humano recuperara su humildad..., había exclamado su acompañante esperanzada.

Y aquella preocupación por los demás, tan inusitada, acaba de dejarle atónito.

Manu sostiene delicadamente la mano de Mónica mirándola a los ojos.

De ellos brotaba no sólo una luz cegadora, sino algo más.

Poesía.

¿Sería eso?

Cada mirada, cada gesto, estaban llenos de armonía.

Pero había algo más.

Se trataba de un elemento esencial de la naturaleza, que unido al fuego del deseo, a la tierra que pisaban y al aire que respiraban, daba como resultado el todo con mayúsculas.

Nada más completo podía existir en el mundo.

La belleza que hasta entonces había adorado en las mujeres, resultaba ridícula comparada al halo de beatitud que rodeaba a aquella joven.

El rostro, su tersura, superaba a la de las rosas, y adquiría, por efecto del amor, ligeros matices rosados.

Sus labios, tras el primer beso, se encontraban rabiosamente encarnados.

La delicadeza de sus manos...

Ay, esos dedos afilados se le clavaban como agujas sobre la piel con tan solo mirarlos. Cerrando ligeramente los ojos, se imaginaba aquellas delicadas manos tocando las teclas de un piano que era en realidad su propio cuerpo anhelando emitir una dulce música celestial.

Esas manos, pequeñas, delicadas como palomas blancas, hacían crecer alas en su costado con solo admirar su gracilidad.

El deseo absoluto, programado para funcionar eternamente, para perdurar por los siglos de los siglos, acababa de declararles marido y mujer.

Podría pasarse la vida entera deleitándose contemplando su silueta de contornos que parecían trazados por la mano de un genio.

La figura de aquella mujer parecía haber sido creada para hipnotizar como los ojos de una serpiente.

Belleza, pura naturaleza.

Conceptos paganos como verdad y bondad, frente a ella, resultaban ofensivos como el pecado.

Por ser ateo, el sexo nunca había representado para él ningún problema.

En general en su país no existían tantos tabúes respecto al deseo carnal.

En su país, afortunadamente para ellas, las mujeres desplegaban su artes de seducción sin reparo, mientras que aquí tan sólo si los hombres las remuneraban a cambio.

La coquetería representaba sin duda una de las cualidades más sobresalientes de la cultura francesa.

El coq, el gallo, había contagiado su don de la seducción a las hembras.

El deseo sexual real devenido simbólico, determinaba la complejidad social e intelectual de su cultura.

Ellos y ellas jugaban con las mismas armas, mientras que en España no era así.

Aquí las mujeres sólo podían seducir a un único gallo, como las moras, y dentro del corral, lo cual le parecía terriblemente injusto y de un machismo extremado.

Sin embargo, quién iba a decirle que en el país de la inquisición y de los talibanes católicos fuera a encontrar a una mujer libre de amar a quien ella se le antojara.

Sus iris eran realmente dorados, color miel.

Además de ellos brotaba fuego, y agua también.

Agua que brota de tus ojos para para apagar la sed de tu boca, le susurra mientras sostiene su mano, al tiempo que su propia imagen se refleja en la superficie acuosa de su dulce y penetrante mirada.

Manu se encuentra realmente emocionado por sentirse partícipe de una verdadera revolución pacífica, en lugar de violenta, como lo fueron la francesa o la rusa. Aquello tenía sin duda que ver con las protestas generalizadas en el mundo árabe. Millones de personas emancipadas, o que pretendían llegar a serlo, demandaban libertad, igualdad y solidaridad.

Y aquella proclama se propagaba por el mundo como una plaga imposible de detener. Se trataba de una revuelta espiritual, sin sexo, nación, ni religión.

La única aspiración de los insurrectos era gozar de la existencia.

Eso parecía conectarse con una rama del árbol del bien que todavía permanecía en pie a pesar de que una religión perversa, la católica, se hubiera encargado de declararlo peligroso y pecaminoso.

La paz mundial sólo podría lograrse a través de la reconciliación de la especie humana con su verdadero origen, la unión carnal entre hombres y mujeres.

Claro que para eso la ciencia, controlada por la ideología de la clase dominante, estaba ya tratando de acabar con la procreación natural.

Sin duda preferían eso a reconocer que sus propios líderes religiosos y políticos habían incurrido durante siglos en un grave error.

Y todo porque un libro de ficción, El antiguo testamento, se había convertido en una ley ciega que sólo conducía a las personas a sucesivos holocaustos.

Sin duda esta revuelta, tan amorosa y pacífica, entroncaba con los ilustrados, que como Condorcet, proponían el amor al conocimiento como cambio social.

Ése había sido además uno de los primeros filósofos que podrían considerarse feministas.

El siguiente, ya en el siglo XIX, había sido Stuart Mill.

Él también proponía la felicidad como único fin de toda acción humana desde un punto de vista tanto económico, como moral y político.

Y pensar que lo único que haría falta para alcanzar esta meta, nada utópica, sería simplemente amarse plenamente...

Al parecer las enseñanzas de Cristo también iban por ahí.

Pero el haber permitido que el antiguo y el nuevo testamento se presentaran juntos, había arruinado toda su labor redentora.

La gran Simone Weil había hecho incapié en ello.

Ella también formaba parte de la Resistencia de la que tanto se enorgullecía Hessel.

Realmente le daba bastante rabia que en su manifiesto no la hubiese nombrado, pues en la obra de esa autora se encontraba todo el conocimiento necesario para liberar a la humanidad de las guerras.

Marisa, una amiga de Mónica, y que hablaba también francés, tenía razón al declararse crítica con el pensamiento occidental, incluido el marxismo.

Quizás los árabes, tan denostados, especialmente por las damas, dominadoras con el látigo de la coquetería siempre a mano, no fueran tan monstruosos como a los occidentales se les pretendía hacer creer.

Él lo había sospechado desde hacía tiempo, aunque no se había atrevido jamás a declararlo.

Muriel hubiera puesto el grito en el cielo, pues para ella, tan defensora de la ideología del poder burgués, se trataba del enemigo con mayúsculas.

La prueba era que allí había una simple cajera de supermercado casada con un marroquí que enseñaba a sus hijos lo más importante, a conocerse a sí mismos y a los demás, a amarse a ellos mismos y al prójimo.

Y aquello, comprobar que había personas tan sanas mental y espiritualmente como esa tal Melissa, le resulta verdaderamente conmovedor.

Manu cree que esa noche tiene muchas cosas interesantes que decir, y le gustaría escribirlas, pero será incapaz.

El pobre sólo se atreverá a expresar sus ideas en la intimidad, y frente a una mujer, a poder ser perdidamente enamorada de él, como antes hacía con Muriel y ahora con Mónica.

Con ella tendrá mucha suerte, porque siempre estará pendiente de él, como si se tratara de su bebé indefenso.

Y cuidándole se sentirá realizada y dichosa, como todas las madres lo son durante la época de crianza.

Al menos ese niño adoptivo será suyo, y no propiedad del hombre que haya adquirido los derechos de propiedad de su vagina.

Ella será muy feliz a su lado, aunque él no tanto, ya que sus fobias sociales se irán agigantando hasta torturarlo.

Para empezar tendrá celos de su intensa acción social, iniciada el 15 de mayo que se conocieron.

Especialmente porque habrá siempre varones dispuestos a seguirla como si se tratara de una líder simplemente por ser bella y además tener el don de la cortesía.

Pensará de ella que se trata de una rara especie de gentlewoman, de caballera, o incluso de Quijota.

Pero eso, en lugar de enorgullecerle, le fastidiará, y mucho.

Un joven director de cine, loco perdido por ella, como todos los demás, le ofrecerá protagonizar su segunda película, y afortunadamente para él no aceptará.

Entonces, tratando de engatusarla, le propondrá participar como guionista; y en ese caso él tendrá que oponerse tajantemente a que trabajen juntos, a menos que le dejen a él entrar en ese jueguito.

En el fondo sus películas le gustarán, pues se parecen un poco a las de Godard, siempre con mujeres maltradas de fondo, y guapas además.

Al principio dará clases de francés en una academia, pero debido a sus ataques de pánico frente a la gente, pues le parecen monstruos sedientos de mal, abandonará el trabajo.

Mónica lo comprenderá porque le ama, y tratará de apoyarlo durante los casi diez años que permanecerán juntos, manteniéndose gracias al dinero de su madre, a la que tendrá que cuidar obligatoriamente por ser la única mujer de la familia.

Al menos él se llevará bien con su suegra, porque le interesa, y de ella depende para poder dedicarse exclusivamente a lo que le apasiona, la lectura y las exposiciones.

Mientras se encuentre enamorado, no se sentirá atrapado por la monotonía de una vida en el fondo tan burguesa como la del resto, aunque al menos sin necesidad de enfrentarse a los problemas cotidianos gracias a Mónica.

Pero tras una crisis, la que sufren todas las parejas cuando la atracción sexual comienza a disminuir y el deseo a aplacarse, lamentará el encontrarse atrapado en una ciudad extranjera.

Entonces, ya que Muriel se había divorciado y madurado, como se verán todas las navidades en Lyon, aprovechará que sigue aún perdidamente enamorada de él para garantizarse una vida más confortable.

Ella será quien se ocupe de los gastos y las tareas del hogar, como Mónica, y también de todo lo relativo a sus dos hijos.

Él sólo tendrá que dedicarse a seguir acumulando riqueza cultural y mostrar una gran sensibilidad para satisfacerla.

Cada noche, al irse a dormir, cree que tiene muchas cosas que decir, y le gustaría expresarlas, aunque nunca se atreverá a hacerlo.